
EUROPA COMO PROYECTO SOCIALISTA

José María Benegas



Se dice a menudo que el poder envejece y que tres años de gobierno han envejecido a los dirigentes del socialismo español. En ese aforismo se traduce una concepción peyorativa del envejecimiento, como pérdida de ambiciones y de facultades, una concepción tomada de aquellos años 60 en los que la juventud era una etiqueta comercialmente rentable, hasta el punto de obsesionar con la ideología de lo joven a quienes entonces descubrían —o redescubrían tardíamente— la vida.

Hay otra forma en que podemos ver esa vejez que, desde luego, conlleva el poder, o, mejor dicho, el ejercicio de toda responsabilidad. Se puede ver esta vejez como madurez, como avance hacia el conocimiento, como desarrollo moral e inte-

lectual. Se podría admitir entonces con orgullo que la necesidad de aceptar responsabilidades envejece; se podría reconocer que esas responsabilidades implican siempre modificaciones de las opiniones anteriores, no por algún tipo de concesión

o pacto vergonzoso sino por el mejor conocimiento al que está obligado quien debe tomar graves decisiones. Y, en consecuencia, habría que añadir que, a quien hace política o habla de ella, nada le podría envejecer tan cruelmente como el temor y la negativa a envejecer.

Uno de los puntos en los que los socialistas españoles hemos sabido envejecer ha sido nuestra concepción de Europa.

Uno de los puntos en los que los socialistas españoles hemos sabido envejecer, a lo largo de la transición y en estos tres primeros años de gobierno, ha sido nuestra concepción de Europa. No hablo de una concepción metafísica o historicista de Europa, sino del significado de Europa como proyecto político, como marco para pensar el futuro de España y la posibilidad de un proyecto socialista.

En los años 60 y primeros 70, como bien recordarán quienes lo vivieron, la izquierda europea —no sólo la española— tenía puesto su corazón en las revoluciones del Tercer Mundo. Incluso quienes dedicaban su actividad política cotidiana a los problemas de Europa, o de esa infeliz provincia europea que era la España de la dictadura, tenían sus mejores simpatías puestas en la revolución cubana, o en la resistencia vietnamita contra la intervención norteamericana en su país. Eso les llevaba, nos llevaba, a una curiosa dicotomía: pensábamos el proyecto de izquierda con la cabeza en los países desarrollados, pero identificándonos emocionalmente con propuestas que no eran ni posibles ni deseables en estos países.

Buscamos apoyos para la oposición democrática española en el ámbito de los partidos europeos, pero en el fondo enviábamos los amaneceres luminosos que creíamos entrever en las pretendidas revoluciones del Tercer Mundo. Veíamos nuestra posición europea más como una fatalidad que como una posibilidad de progreso; estar en Europa era estar sometidos a los límites de la política de bloques, sin la posibilidad de una revolución nacional; el desarrollo económico era una

maldición que condenaba al consumismo, y no un punto de partida para satisfacer las necesidades sociales.

Estoy caricaturizando, naturalmente, simplificando un retrato que debería ser más complejo y matizado. Pero la idea central es básicamente exacta: hasta hace diez o doce años la izquierda europea, aunque tuviera la cabeza aquí, tenía sus ojos en otra parte.

En este tiempo han pasado muchas cosas que han cambiado nuestra perspectiva. Las guerras de Indochina, tras la retirada norteamericana, disolvieron lo que para muchos había sido el último horizonte utópico; la intervención soviética en Afganistán invirtió espectacularmente los esquemas sobre el imperialismo y el socialismo real frente a las luchas de independencia nacional. Pero el principal cambio lo trajo la crisis económica, el descubrimiento de que el crecimiento económico no era algo garantizado de antemano. Y con la crisis vino la nueva guerra fría, una creciente tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética en medio de la cual Europa quedaba sin iniciativa propia.

Con ese conjunto de cambios la izquierda europea, o al menos la que más credibilidad posee ante la opinión popular, ha ido evolucionando hacia el redescubrimiento de las posibilidades y la promesa de Europa. Ahora la izquierda, y desde luego los socialistas españoles, tenemos a la vez nuestra cabeza y nuestros ojos puestos en Europa. Eso no significa que hayamos olvidado las necesidades de otras áreas: el apoyo unánime de los socialistas al restablecimiento de la democracia en el Cono Sur de América, o nuestra clara voluntad de defender a la vez la autonomía nacional y la libertad de Centroamérica, en condiciones nada fáciles, son buenas muestras de que este redescubrimiento de Europa no es una nueva versión del viejo eurocentrismo.

Europa, simplemente, ha dejado de ser

una posición geográfica que conlleva inmerecidos privilegios: ahora podemos verla como un valor y una promesa. Un valor porque la dura realidad de la crisis nos ha hecho recordar que el desarrollo económico no es un privilegio gratuito y asegurado, sino el fruto de un permanente esfuerzo social, aunque ciertamente sea también consecuencia de unas privilegiadas circunstancias históricas de partida. Europa es el balneario del mundo, se ha dicho en alguna ocasión. Pero hoy hemos descubierto que hay que defender la tranquilidad y la prosperidad del balneario, que los balnearios pueden ir a la quiebra o verse arrasados por la guerra. Como sucede cuando la vida de los seres queridos corre peligro, hemos redescubierto a Europa.

Y también, y quizá en consecuencia, hemos comenzado a ver en ella una promesa, un proyecto de futuro. Si antes habíamos criticado a Europa por ser presa del conflicto entre los bloques, si censurábamos su egoísmo y buena conciencia en un mundo pobre y conflictivo, si envidiábamos las explosiones de idealismo que marcaban las revoluciones y las luchas nacionales de los países periféricos, ahora vemos que sin un proyecto ideal Europa se nos puede ir de las manos como un puñado de arena, que el alto nivel de vida no es sólo una posible fuente de mala conciencia, sino también una conquista popular que se ha obtenido en Europa a muy alto precio y que es preciso resguardar, o que en otro orden de cosas no basta con lamentar la existencia de bloques sino que es preciso que Europa desarrolle una política que, contribuyendo a la distensión, permita la formación de un sistema mundial no polarizado.

En otras palabras: la vieja visión de Europa como la casa paterna de la que se reniega, pero que garantiza la seguridad, se ha venido abajo. A la muerte del padre, se encuentra de pronto que la seguridad no era algo garantizado, y se descubre la

necesidad de reconstruir la vieja casa, no sólo como un recuerdo de lo que fue sino como parte del propio proyecto de futuro.

Este cambio de perspectiva resulta más duro para los españoles. Durante muchos años nuestra actitud fue ambivalente: veíamos en Europa la imagen de la prosperidad económica y de la normalidad democrática, y hemos llegado finalmente a entrar en ella cuando la democracia ya es algo real para nosotros, pero precisamente cuando Europa ya no puede garantizar la prosperidad económica. Veíamos en Europa la imagen de unas sociedades poco creativas, demasiado controladas frente a nuestra sociedad más mediterránea e imaginativa. Y entramos en ella cuando ya se sabe que sólo una síntesis de orden e imaginación puede ofrecer futuro a los

La izquierda europea ha ido evolucionando hacia el redescubrimiento de las posibilidades y las promesas de Europa.

países europeos. No cabe pensar en utopías mediterráneas, como no cabe seguir dando por descontada la prosperidad eterna de los países del norte de Europa.

Si la izquierda ha redescubierto a Europa a causa de la crisis de los horizontes utópicos y de la crisis económica, España ha logrado entrar en Europa precisamente cuando la vieja idea de Europa ha entrado en crisis y cuando es necesario replantearse su futuro y su contenido. Es quizá una ironía histórica, pero puede ser también una coyuntura excepcional para nosotros. No se trata de sobreestimar nuestra posible aportación, sin duda limitada por nuestra economía modesta y nuestra aún breve tradición democrática, sino de resaltar que esta vez, a diferencia de lo sucedido cuando el primer proyecto de una Europa unida fraguó en el tratado de Roma, esta vez nuestro país podría contribuir desde el primer momento al proyecto de una nueva Europa.

Es importante, ante todo, comprender que la construcción de esa nueva Europa es una necesidad *nacional* para España,

que no es pensable un futuro para nuestro país fuera de Europa o en una Europa en descomposición y decadencia. Y aquí es necesario luchar contra una de las peores herencias de los cuarenta años de dictadura, la ilusión de que España podría vivir y prosperar a espaldas de Europa. Una ilusión, no hace falta subrayarlo, que es componente fundamental de la despreocupación de tantos sectores de la izquierda y de la derecha respecto a los problemas de la paz y la seguridad en Europa, como si el futuro del continente no nos afectara.

La ilusión de una España de espaldas a Europa es fruto, en primer lugar, del largo aislamiento en que cae nuestro país en su decadencia histórica, un aislamiento que encuentra su apogeo en el rechazo generalizado de las democracias europeas hacia la dictadura del general Franco. Y es fruto, en segundo lugar, del espejismo que conllevó el desarrollo económico de los años 60, al inducir a los sectores más reaccionarios del país a creer en la posibilidad de compatibilizar el crecimiento con un aislamiento supuestamente orgulloso y en realidad impuesto.

Pero sabemos que se trata de un espejismo. El desarrollo de los años 60 no habría sido posible sin el duro sacrificio de nuestros trabajadores emigrados a Europa, como no lo habría sido sin el empuje que suministró a nuestra economía el turismo europeo. Fue el crecimiento de las economías europeas lo que posibilitó nuestro propio crecimiento: en un contexto de recesión europea España nunca habría dado el salto de una sociedad fundamentalmente agraria a una sociedad industrial, básicamente moderna y urbanizada. Y en un contexto de prosperidad europea la actual crisis de nuestra economía habría quedado casi enmascarada por la demanda europea de mercancías y trabajadores.

El problema es que ya no podemos seguir contando con que Europa relance su

economía automáticamente, ni podemos por tanto limitarnos a esperar que eso suceda, confiando en que entonces llegará para nosotros el momento del crecimiento y el fin de la crisis. No podemos hacer nada de esto porque el mismo futuro de Europa está en el aire, en medio de un mundo en rápida transformación, un mundo en el que los cambios en la división del trabajo pueden convertir a este continente, que fue el centro del actual sistema mundial, en simple semiperiferia a remolque de unas nuevas economías centrales y condenada a una larga decadencia, a una decadencia que podría llevar a Europa, según la feroz caricatura de Jacques Attali, a convertirse en un inmenso museo de arte y antigüedades al servicio de turistas japoneses o californianos.

Las economías europeas, y la española aún más, han partido con retraso en la carrera de la modernización, y ya es obvio que esa modernización es el camino hacia la superación de la crisis. Quienes pierdan la carrera quedarán condenados a un papel subalterno en la división internacional del trabajo, y quienes ni siquiera lleguen a la meta habrán perdido la posibilidad de un futuro. Las economías europeas, además, han entrado en la carrera desordenadamente, dispersas y sin un proyecto común; y lo han hecho lastradas por burocracias singularmente incapaces de ofrecer la respuesta supranacional que exige competir con macroeconomías como la norteamericana, o con síntesis tan eficientes de burocracia estatal e iniciativa empresarial como la lograda por los japoneses.

Si Europa perdiese el tren de la modernización España pagaría un doble precio, participando en la decadencia general del continente desde una posición particularmente débil. Así, España necesita de

Europa ha dejado de ser una posición geográfica que conlleva inmerecidos privilegios: ahora podemos verla como un valor y una promesa.

Europa para desarrollar su propio proyecto de futuro, pero necesita no de la Europa actual sino de una Europa por construir. El proyecto español de moder-

nización no podría cumplirse si nuestra entrada en Europa viniera acompañada por el estancamiento de la Comunidad y la pérdida de competitividad respecto a las grandes potencias económicas. España necesita contribuir al máximo a la formación de una nueva Europa, y estamos precisamente en el momento histórico de hacerlo.

La misma decisión de ampliar la Comunidad con la entrada de España y Portugal ya traduce una conciencia por parte de los países europeos de la necesidad de dar primacía a la voluntad política de unidad por encima del inmediato egoísmo nacional. No podemos olvidar que, más allá de los incidentes coyunturales de la negociación, ha habido países, como Francia, que al apoyar nuestra entrada han debido enfrentarse a la oposición interna de ciertos grupos sociales y económicos, y han sabido poner la unidad europea por encima de los intereses particulares. Esa visión supranacional y de futuro, esa apuesta por la unidad de Europa revelan que vivimos un momento decisivo.

Pero lo que ahora quiero subrayar es que no hay un futuro para España fuera de Europa: más adelante volveré sobre la idea de una Europa en construcción y qué Europa debe ser ésta. En este momento voy a insistir en este hecho que un amplio sector de la vieja izquierda se niega a admitir: nuestras vinculaciones con Iberoamérica, con el norte de Africa y los países árabes, no pueden reemplazar la obvia apuesta por Europa en la que España está empeñada y en la que ha dado un decisivo salto hacia adelante con el acuerdo de adhesión a la Comunidad.

A menudo se nos dice, desde los restos de la vieja izquierda, que España debe buscar su posición internacional en un lugar intermedio entre Europa y el Tercer Mundo, un Tercer Mundo por cierto muy amplio, pues a menudo se pretende incluir en él países muy dispares en su medida de

No cabe pensar en utopías mediterráneas ni seguir dando por descontada la prosperidad eterna del norte de Europa.

modernidad y desarrollo industrial. Esta opción tendría la ventaja moral de dejarnos fuera de la confrontación Este/Oeste, y correspondería mejor que la apuesta europea con nuestra tradición histórica y cultural.

Hay varias preguntas posibles. La primera es si eso realmente sería así, si efectivamente cabría para España una apuesta no alineada, no centrada en Europa, no sometida en consecuencia a las presiones de la polarización mundial. La respuesta es claramente negativa: nuestra posición geopolítica es incompatible con tales sueños. Mientras haya una tensión bipolar en Europa nuestro país, por su simple situación en el mapa, estará sometido a esa tensión. La única posibilidad para España de salir del juego bipolar es apostar por un proyecto de futuro que permita la superación de los bloques.

La segunda pregunta es si una apuesta extraeuropea daría a nuestro país algún futuro. La respuesta es de nuevo tajantemente negativa. Fuera de Europa no habría la menor posibilidad de modernización para España: un país de insuficiente base tecnológica, sin materias primas estratégicas, y *con libertades políticas y sindicales*, no puede competir con las grandes potencias industriales o con los nuevos países industrializados.

Las ventajas comparativas están o bien en el avance tecnológico, o bien en unas materias primas imprescindibles, o bien en la sobreexplotación de los trabajadores. La historia nos ha privado de los dos primeros factores; el pueblo español, respaldando en primer lugar a la democracia y secundariamente a un gobierno socialista, ha descartado radicalmente que el crecimiento económico se produzca en nuestro país —como se produjo bajo la dictadura en los años 60— mediante la sobreexplotación de los españoles, dentro o fuera de España.

En este sentido la apuesta por Europa es la única capaz de ofrecer a Europa un futuro en el que se unan las libertades y la prosperidad económica; cualquier otra opción nos obligaría a aceptar una prolongada decadencia de nuestro sistema económico frente a la competencia de los nuevos países industrializados y sin las ventajas de la integración europea. Y la única alternativa para restaurar la rentabilidad de nuestra economía sería el regreso a un régimen autoritario capaz de imponer a los trabajadores graves descensos salariales. Por fortuna, hoy es muy difícil conceder la menor verosimilitud a una hipótesis involucionista. Pero lo más importante es que, aunque tal hipótesis fuera viable, todos estaríamos de acuerdo, incluyendo seguramente a muchos de quienes a veces dicen añorar el franquismo, en rechazarla por indeseable.

En este sentido, el gobierno socialista ha mantenido la opción europea de nuestro país, siguiendo en ello a los demás gobiernos de la transición, y ha tenido la fortuna de que bajo su gestión se haya llegado al decisivo acuerdo para la incorporación de España a la Comunidad. No tendría sentido atribuir el mérito exclusivo de este avance al propio gobierno socialista, pero, aun así, la derecha debería reconocer que algunos obstáculos se han allanado gracias al hecho de que el gobierno de este país pasó en 1982 a un partido socialista, y al hecho de que el único grupo del parlamento europeo con presencia en todos los países de la Comunidad es el socialista.

Entro así en la segunda cuestión que a mi juicio es fundamental para valorar la apuesta europea. Europa es una necesidad *nacional* para España, pero también es una necesidad *política* para el proyecto socialista. Si se me permite haré una afirmación exagerada: el nombre del socialismo, del socialismo *democrático*, por supuesto, es Europa. *En estos años de fin de*

siglo el ideal socialista sólo puede adquirir verosimilitud en una Europa que logre compatibilizar las conquistas de los trabajadores en los años de posguerra con el creciente económico y la innovación tecnológica, por una parte, y en una Europa que se convierta en el factor de paz que permita avanzar hacia la superación de los bloques.

Es posible crecer económicamente sin modernización. Pero ese crecimiento es siempre coyuntural, dependiente de circunstancias de mercado que puedan cambiar o venirse abajo. Y es posible modernizar un país y una economía destruyendo el poder de los trabajadores, trabajando, en suma, en contra del socialismo, que no es sino la democracia extendida a la esfera de la economía.

La experiencia de la última década ha sido poco prometedora en este sentido: los países que más han modernizado sus

Europa es una necesidad nacional para España, pero también es una necesidad política para el proyecto socialista.

economías han sido dictaduras que aplastan a diario los derechos de los trabajadores. Mientras, Japón ha mantenido su primacía sobre la base de unas relaciones patriarcales en la industria que resultan abiertamente incompatibles con las tradiciones de la vida pública europea. Y Estados Unidos ha recuperado su economía gracias a la curiosa combinación de un keynesianismo vergonzante y un regreso al individualismo salvaje del capitalismo manchesteriano.

Mientras maldecían la economía de Keynes, las autoridades norteamericanas han relanzado la demanda en su país a costa del mayor déficit público de la historia. Y han financiado ese déficit con capitales especulativos procedentes de Europa, algo que no habría podido hacer ninguna nación europea. Pero ese keynesianismo vergonzante ha ido de la mano con un aberrante fomento de la insolidaridad social, con una política destinada a hacer más pobres a los pobres y más ricos a los ricos, en nombre de un liberalismo que, a

fin de cuentas, era puro darwinismo social.

Sólo en Europa se está intentando reconstruir la economía manteniendo a la vez las conquistas logradas por los trabajadores en la segunda mitad de este siglo. No está siendo un proceso fácil ni rápido, pero puede que acabe teniendo resultados más estables y duraderos que los de la modernización salvaje de los nuevos países industrializados, o que un modelo de modernización basado en el rearme y en un déficit presupuestario monstruoso, como es el caso norteamericano. Si algo hemos aprendido los países europeos de la experiencia de los años 70, es que ése no es un camino que se pueda seguir indefinidamente.

En términos sociales la apuesta es muy alta en Europa. Con la excepción de la Inglaterra de la señora Thatcher, los gobiernos respetan las conquistas sindicales de los años 60 y tratan de negociar con las organizaciones de trabajadores acuerdos que permitan reestructurar la economía con el menor precio social. No lo hacen por generosidad, sino porque la fuerza de los trabajadores organizados es grande en Europa, y el precio a pagar por enfrentarse abiertamente a ellos sería muy alto.

Pero también aquí hay experiencias que exigen cierta reflexión, y que son una llamada a revisar el sentido común heredado de los tiempos del crecimiento económico. En su enfrentamiento con los sindicatos ingleses la señora Thatcher ha obtenido importantes victorias, y la razón es que algunos dirigentes sindicales no fueron capaces de sintonizar con un clima social de crisis que exigía sacrificios para todos, y pretendieron mantener puestos de trabajo inviables, o niveles salariales de privilegio, en un contexto en el que la austeridad era una condición imprescindible para el saneamiento de la economía británica.

El resultado ha sido una creciente impopularidad de los sindicatos y varios gra-

ves reveses para la izquierda británica. Resulta fácil reprochar a la señora Thatcher su extremado conservadurismo y su aborrecimiento visceral a los sindicatos, pero ni quienes hacemos política desde la izquierda ni quienes hacen trabajo sindical podemos ignorar que, si se pretende defender los intereses populares con planteamientos sectoriales, particularistas, ignorando las exigencias de los intereses sociales en su conjunto, la consecuencia inmediata es el aislamiento y la derrota, *política y sindical*.

Eso quiere decir que la izquierda europea debe luchar en dos frentes, defendiendo por una parte las conquistas anteriores y abriendo, por otra, la vía de una modernización que haga viables esas conquistas en el nuevo contexto de un mundo en el que las relaciones económicas internacionales van a cambiar, están cambiando, y en el que los trabajadores europeos ya no pueden contar de antemano con posiciones de privilegio, sino que deben reconquistarlas al precio de su sacrificio.

Se diría que en España la necesidad de luchar en ese doble frente debería ser muy obvia. Al fin y al cabo la experiencia del despegue económico en España es relativamente reciente, y son muchos los trabajadores que recuerdan el precio que debieron pagar, en España o en Europa, para que este país llegara a alcanzar su actual nivel de vida. La clase obrera española no es una aristocracia obrera heredera de un privilegio secular, sino una clase aplastada durante décadas que supo mejorar su propia fortuna en condiciones políticas de dictadura, en condiciones económicas de sobreexplotación o emigración, en unas condiciones sociales, incluso, en que se la negaba el reconocimiento de su propia identidad.

**La clase obrera española
no es una aristocracia obrera
heredera de un privilegio secular,
sino una clase aplastada
durante décadas.**

Pero también en España se ha producido un espejismo. La debilidad política de los gobiernos de la transición hizo que el ajuste económico ante la crisis se fuera

postergando, que las medidas más duras de reconversión industrial se retrasaran. Así, finalmente vinieron a caer sobre la mesa de un gobierno socialista al que el

Apostamos por una Europa de los trabajadores que respete las históricas conquistas sindicales de los años de expansión.

volumen del déficit público no permitía ya intentar crear empleo mediante la inversión pública, pero al que la necesidad de acortar distancias respecto al resto de Europa obligaba a tomar medidas drásticas de ajuste y reconversión incluso al precio de provocar resistencias sociales y sufrir un importante desgaste.

Este gobierno tuvo el sentido de la responsabilidad suficiente para asumir esa tarea y ese desgaste pensando en los intereses globales de los trabajadores y en el interés nacional. Pero la ilusión de la elevación del nivel de vida en tiempos de crisis política, y en medio de vientos de crisis económica en los países europeos, ha hecho que muchos trabajadores no hayan podido aceptar que sea precisamente un gobierno socialista quien haya tomado las medidas más duras de ajuste y reconversión. Es posible que el partido socialista no haya sabido explicar suficientemente la necesidad de esta política, pero quizá no toda la responsabilidad le correspondiera a él.

En la vieja concepción de los sindicatos se suponía que éstos, una simple correa de transmisión de los partidos al fin y al cabo, no tenían más política que la que les transmitía un partido madre. Hoy nadie admitiría en público una concepción semejante, aunque algunos la practiquen muy consecuentemente en privado. Pero para quienes se mueven en el área del socialismo democrático debe estar claro que si los políticos no cumplen su misión suficientemente, si no logran explicar debidamente cuáles son los intereses globales de los trabajadores, a los sindicalistas socialistas corresponde hacerlo, sin caer en la tentación de la demagogia ni de dar prioridad a los intereses de colectivos particulares de trabajadores sobre el porvenir histórico de la clase en su conjunto.

El hecho que quiero señalar es que sólo en Europa la modernización de la economía puede ir de la mano con un proyecto político y social en el que los trabajadores

no sean sólo la imprescindible base de la modernización, sino también su sujeto. No pienso ahora sólo en los obreros industriales que fueron la primera plataforma del socialismo, sino también en los trabajadores de los servicios y en esas capas medias, difícilmente conceptualizables, pero de las que sabemos que viven de su trabajo y que son imprescindibles en cualquier proyecto de una sociedad moderna y más justa, de una sociedad más cercana a ese socialismo democrático en el que al fin la libertad y la justicia serán realidades compatibles entre sí.

Pero hay que subrayar que para que eso sea posible no sólo hace falta un partido que sepa reunir una mayoría social para la apuesta socialista, sino que hace falta un trabajo sindical, que puede ser a veces muy duro, y que quizá se ve a veces respondido con una gran incomprensión, no sólo desde los sectores sociales inmediatamente perjudicados por la crisis y el ajuste, sino desde el mismo gobierno, pero que es un trabajo al que cualquier socialista debe estar dispuesto a comprometerse, sin pensar en su popularidad ni en sus gustos, sino poniendo por encima de todo los intereses globales de quienes viven de su trabajo, los intereses de lo que, con una terminología quizá ya antigua, se llama la clase obrera.

Si los sindicatos y los políticos socialistas saben estar a la altura del desafío, un desafío por cierto histórico, Europa puede ser la imagen del socialismo democrático, de su promesa, en muy pocos años. Ante la crisis de los 70 los países europeos hemos mostrado sólo la cara negativa de los avances de los trabajadores: una fuerte burocratización y una lenta adaptación a los cambios económicos y sociales. Si sabemos conjugar nuestra herencia con

los desafíos del presente Europa puede llegar a representar, ante los trabajadores de todo el mundo, la imagen de una combinación de derechos e iniciativas de los trabajadores con la de una modernización capaz de garantizar un nivel de vida satisfactorio y las mayores libertades democráticas.

Y en su consecuencia Europa puede configurarse, por una parte, como la alternativa a los países comunistas que sacrificaron las libertades individuales y democráticas en aras de la estatalización de la economía, y por otra, como alternativa al capitalismo salvaje de EE.UU. o de Japón.

Los socialistas defendemos la necesidad de avanzar hacia una respuesta europea de superación de la crisis económica que

compagine la competitividad y el desarrollo con bienestar, progreso y conquistas de los trabajadores. La respuesta debe tener dimensiones europeas porque los factores de la crisis económica trascienden las fronteras de cada país europeo que la padece.

Vivimos la tercera gran revolución industrial y, por sus características tecnológicas, al menos habría que extraer dos conclusiones:

a) La realidad y los estudios demuestran que a corto y medio plazo la tecnología moderna reduce el nivel de empleo. La *Europa de los doce* cuenta ya con 14 millones de parados. Las sociedades se dividen entre aquellos ciudadanos que tienen el privilegio de ejercer un trabajo más o menos regular y aquellos que no tiene trabajo, o bien es efímero y circunstancial. Más del 40 por 100 de los parados europeos se han convertido en parados permanentes, es decir, lo son desde hace más de dos años.

b) No hay capacidad aislada por parte

de cada país europeo para poder competir por sí mismo con EE.UU. o Japón en los dominios de la investigación y desarrollo tecnológico.

En otro orden de cosas, no existe respuesta aislada a la crisis porque Europa está dependiendo en buena medida de las fluctuaciones del dólar y de los altos tipos de interés americanos consecuencia de la política de la Administración Reagan. Esta política consiste en la combinación de un déficit presupuestario muy elevado con restricciones monetarias. Las restricciones monetarias provocan una baja considerable de la inflación y un alza de los tipos de interés. Así los tipos de interés son más elevados de lo que nunca lo fueron, atraen a los capitales extranjeros y hacen subir el valor del dólar.

**Los socialistas
defendemos una Europa que se
convierta en un factor
determinante de la paz
en el mundo.**

La evolución tecnológica y la política económica de EE.UU. y Japón requieren una respuesta de dimensión europea al menos en cuatro aspectos básicos:

1. Es preciso avanzar hacia una política concertada a nivel europeo para la recuperación, que pudiera significar un crecimiento del 1 por 100 del PNB en los presupuestos de los estados europeos miembros de la OCDE, así como una reducción pactada de la jornada laboral, con el objetivo de combatir el desempleo.

2. No se debe continuar con un sistema monetario en el mundo basado sobre una moneda única porque ello implica la evolución del sistema monetario mundial en función de un solo país. Para ello se requiere fortalecer el sistema monetario europeo y ampliar el papel y las funciones del ECU, como moneda europea.

3. El desafío de la revolución tecnológica requiere avanzar en programas comunes de investigación, en la realización de obras y proyectos concretos y en la necesaria colaboración entre las grandes em-

presas europeas. Hace falta desarrollo y modernización en el plano tecnológico. Desde el proyecto *Esprit*, en el campo de la informática, hasta el naciente *Eureka*, hay un vasto esfuerzo por el renacimiento de Europa frente a la implacable competición tecnológica de Japón y Estados Unidos. Una Europa occidental integrada que no pierda el tren de las nuevas tecnologías podría ser el núcleo de una economía paneuropea, que aumentaría las libertades sociales y nacionales sin sacrificar nada de lo logrado en la posguerra.

4. Finalmente, cada vez cobra mayor entidad la necesidad de una acción concertada de los sindicatos europeos, de la que pudieran emanar directrices marco en cuanto a las relaciones industriales.

Queda por saber cuál es el modelo por el que apostamos los socialistas españoles. Algo fundamental ya está dicho o apuntado: apostamos por una Comunidad integrada, una verdadera Europa unida, asentada en una economía supranacional y capaz por ello de responder al desafío de las economías nacionales. Apostamos por una Europa de los trabajadores que respete las históricas conquistas sindicales de los años de expansión. Pero no sólo eso. Por una parte aspiramos a que esas conquistas se profundicen en el camino de la democracia económica; por otra parte aspiramos a que sean compatibles con la modernización y la flexibilidad, que le permitan a la economía europea competir, incluso con ventaja, frente a otras potencias industriales.

Queremos una Europa que profundice la democracia económica. Cuando se culpa a las burocracias sindicales y estatales de la lenta adaptación a las nuevas condiciones de competición internacionales creadas por la crisis muchas veces se omite que si las economías europeas se burocratizaron bajo la presión de los trabajadores fue porque los trabajadores nunca

fueron asociados a las decisiones de inversión y producción, ni en las empresas particulares ni en la economía global. Esa es la explicación de que las subidas salariales de los últimos 60 y los primeros 70 hicieran tan difícil a las economías europeas el competir con sus rivales del Pacífico o de Norteamérica en los años siguientes.

Sólo unos trabajadores asociados a las decisiones fundamentales en la producción pueden llegar a asumir como propios los problemas de la modernización y la competencia; sólo unos trabajadores con capacidad de autogestión pueden ser capaces de responder con flexibilidad a los desafíos del cambio económico. Hay una cierta hipocresía en acusar a los trabajadores de reforzar las tendencias a la burocratización del Estado y la economía cuando no se reconoce que se les ha negado la información y la capacidad de decisión en las opciones estratégicas de las empresas.

Se puede pedir a los trabajadores que limiten sus aspiraciones salariales cuando se les permite vincular su prosperidad a la de la empresa, pero no cuando se les niega la información sobre la situación real de las empresas y, más aún, toda capacidad de decisión. No tiene sentido hablar de miopía o egoísmo particularista de la clase trabajadora cuando se le está impidiendo, de forma miope y egoísta, la capacidad para participar en la misma gestión de su empresa. Cuando se habla del modelo japonés se elogia el interés de los trabajadores por la marcha de la empresa. Se olvida que Japón desarrolla su capitalismo moderno en una breve fase de transición desde un modo de producción semi-feudal. ¿Por qué no se preguntan los empresarios europeos la razón de que los trabajadores no hayan llegado a desarrollar

una responsabilidad en la empresa sobre bases modernas y no precapitalistas?

Y, finalmente, los socialistas defendemos una Europa que se

**La Europa del Este
y la del Oeste se necesitan
mutuamente para crear
una economía
paneuropea.**

convierta en un factor determinante de la paz en el mundo. Los socialistas no queremos una Europa dividida y a merced de las grandes potencias, sino una Europa con garantías propias de seguridad y que constituya un área económica independiente. No es que a estas alturas de la historia quepa hacerse ilusiones de autarquías regionales ni, mucho menos, nacionales. No es que Europa deba volverse de espaldas a Estados Unidos, como querrían algunos sectores del movimiento pacifista: es preciso admitir que la relación preferencial de la Europa occidental con Estados Unidos ha permitido que se mantuviera la paz en Europa en los últimos cuarenta años.

De lo que se trata es de que Europa no puede seguir sometida a las oscilaciones de la tensión entre las grandes potencias. Europa, la Europa que queremos construir, debe poseer su propia lógica en el plano de la seguridad. No se trata de aceptar un nuevo tratado de Rapallo que entregue a toda Europa a una finlandización, a una seguridad cuyo precio sea la dependencia respecto a la Unión Soviética. Se trata de lograr realmente una nueva Europa, en la que se rompan las fronteras entre el Este y el Oeste para ventaja de todos los europeos, pero sin pretender olvidar unas relaciones de influencia, las actuales, que sólo el medio plazo podrá cambiar.

Frente a la amenaza de los SS-20 y su réplica con los euromisiles, las necesidades económicas de las dos partes de Europa han seguido siendo el peso decisivo en la balanza. La Europa del Este y la del Oeste se necesitan mutuamente para crear una economía paneuropea. La Europa oriental necesita la moderna tecnología occidental para modernizarse, la Europa occidental necesita los mercados del Este para rentabilizar su industria y financiar sus importaciones de materias primas y productos manufacturados.

**Los países de Europa occidental
no han podido,
ni pueden, asegurar
por sí mismos su propia
defensa.**

Debemos apostar por una distensión europea en que la Unión Soviética, aun garantizando y condicionando la política exterior de la Europa del Este, reconozca, la soberanía nacional de esos países y les permita una creciente y libre integración con las economías occidentales. Debemos apostar por un sistema occidental de seguridad en el que la parte europea de la Alianza posea autonomía dentro de los límites del tratado de Washington.

Europa debe constituirse en el gran factor de paz del mundo que permita avanzar hacia la superación de las alianzas militares y hacia el establecimiento de una paz mundial no fundamentada en el equilibrio del terror sino en la distensión y la cooperación entre los pueblos.

El PSOE se opuso a la entrada de España en la Alianza Atlántica cuando el gobierno Calvo Sotelo tomó semejante decisión, sin ningún consenso nacional y en momentos de especial tensión internacional, en unas circunstancias, en suma, que hacían de una decisión tan discutible un probable error político, que dividía a la sociedad española y agravaba la tensión internacional. Tres años y medio después, el gobierno socialista, atendiendo a los intereses *nacionales* vinculados a la opción europea de nuestro país, ha tomado la decisión de defender la permanencia de España en la Alianza en el anunciado referéndum sobre esta cuestión. No es una decisión fácil ni barata, y también se debería reconocer que, con ella, los socialistas hemos antepuesto los intereses generales de los españoles como primer principio orientador de nuestra actuación, y también porque entendemos que nuestra modesta aportación a la paz mundial puede ser más eficaz desde dentro de los núcleos de decisión sobre la seguridad colectiva de Europa que desde fuera o al margen de los mismos.

En efecto, cuando se reflexiona sobre

las posibilidades reales y efectivas de superar los bloques actuales y frenar la carrera de armamentos, y se actúa con honestidad intelectual, debe concluirse que no es pensable la disolución unilateral o simultánea de la Alianza Atlántica o del Pacto de Varsovia. No es muy realista vislumbrar la renuncia voluntaria a la investigación científica del Sistema de Defensa Estratégica y, por consiguiente, la carrera armamentista continuará. Todo apunta a que la situación actual se perpetúe y se agrave, salvo que se introduzca un factor de paz entre las alianzas, y ese factor de paz y de distensión solamente puede ser Europa.

Europa, desde la lealtad de sus compromisos con sus aliados, debe convertirse en un factor de paz determinante, capaz de encaminar la política de los Estados Unidos hacia la distensión y capaz, asimismo, de mantener un diálogo permanente con los países de la Europa del Este con idéntico objetivo.

Con este fin se requiere que los países miembros de la Alianza Atlántica definan intereses comunes en materia de seguridad y adopten actitudes e iniciativas que contribuyan a reforzar el pilar europeo de la Alianza para avanzar hacia una mayor autonomía en aquellas cuestiones que afecten a su propia seguridad.

Es obvio que los países de Europa occidental no han podido, ni pueden asegurar por sí mismos, su propia defensa por tres razones que no han variado desde la guerra fría: a) no tienen ni los medios ni la posibilidad de equilibrar por sí mismos la superioridad de las fuerzas convencionales soviéticas; b) ningún país de Europa occidental puede construir una fuerza nuclear capaz de establecer un equilibrio disuasivo sobre el continente; c) Europa occidental sólo puede mantener el equilibrio nuclear en virtud de una alianza con los Estados Unidos. Por estas razones la se-

guridad de Europa occidental sólo puede ser asegurada en la actualidad mediante la alianza militar con los Estados Unidos.

Ello no debe ser impedimento para que haya llegado la hora de que los países europeos, habiendo definido previamente sus intereses de seguridad colectiva, actúen más eficazmente para frenar los aspectos más negativos y más peligrosos de la política de seguridad de las grandes potencias, y principalmente la carrera de armamentos. La mejor seguridad desde el punto de vista de los pueblos europeos pasa hoy por el establecimiento del equilibrio de fuerzas al nivel más bajo posible. Para conseguirlo se requiere, entre otras cosas, que los países europeos tengan la voluntad y la capacidad de lograr que las dos potencias frenen su carrera de armamentos. Y ello supone que los europeos puedan asegurar en mayor medida su seguridad por sí mismos, y avancen hacia una mayor autonomía defensiva.

El marco más apropiado para establecer una concertación permanente y avanzar hacia una seguridad europea más autónoma es, desde nuestro punto de vista, la Unión Europea Occidental (UEO). Los socialistas españoles queremos contribuir a construir una Europa que se convierta en el factor de paz más decisivo para el mundo. Esta contribución a la paz mundial no se puede hacer desde fuera de la Alianza Atlántica ni de la UEO.

Las conversaciones de Ginebra entre Ronald Reagan y Mijail Gorbachov podrían ser el comienzo de un deshielo que favorecería la evolución hacia una Europa integrada en el plano económico y sin tensiones Este/Oeste. Porque aunque así no fuera, aunque no pudiéramos contar con la buena voluntad de las grandes potencias, siempre contaríamos con dos cartas muy altas. De un lado, los intereses económicos nacionales que, desde el Este y el Oeste, nos llevan a una Europa inte-

**Para los socialistas
españoles
Europa no es un reto
sino una
apuesta.**

grada, no a una Europa económicamente escindida y políticamente enfrentada. De otro lado, con la voluntad de nuestros pueblos, que, si desde Occidente repudian la amenaza de la guerra y el rearme, desde el Este reclaman autonomía nacional, respeto a los derechos humanos y libertad.

Dicho de otra forma, para los socialistas españoles Europa no es un reto sino una apuesta. La apuesta por una España moderna, próspera y democráticamente

viable. La apuesta por el socialismo democrático como utopía social. La apuesta por un futuro de paz y progreso para una Europa unificada, más independiente y más autónoma, con mayores libertades y que profundice en la distensión y la paz. La apuesta, en suma, por un futuro de democracia y socialismo para España, para Europa y para el mundo.

El presente texto corresponde a la conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI, en Madrid, el 2 de diciembre de 1985.

Cuadernos de 2 Alzate

Primavera - 1985

Revista vasca de la cultura y las ideas



En este número la sección de ESTUDIOS presenta unas cuantas colaboraciones que, por su originalidad de planteamiento, pudieran ser útiles para un mejor conocimiento del nacionalismo vasco. **Juan José Laborda** aborda el tema "Catolicismo, industrialización y nacionalismo"; **Emiliano Fernández Pinedo** reflexiona en torno a "Las dudosas bases económicas del primer nacionalismo vasco", y **Marianne Heiberg** escribe sobre "Nacionalismo étnico y relaciones patrón-cliente en la Europa mediterránea". La sección se cierra con un exhaustivo análisis sobre las posibilidades de "Coordinación y cooperación en el Estado de las Autonomías", elaborado por **Alberto Pérez Calvo**.

La sección ENSAYOS presenta en este número una variada selección de colaboraciones. En

el terreno del arte, **Pilar Muñoa** escribe sobre "Oteiza: un necesario reconocimiento", y **Juan Antón Zubikarai** da una visión panorámica del "Nacionalismo musical vasco". En el terreno económico, **Alberto Pérez García** habla sobre el futuro industrial de la ría bilbaína en "Un reto difícil: la zona de urgente reindustrialización del Nervión". **Angel García Ronda** reflexiona, en un ensayo de pensamiento político, sobre "ETA y la democracia".

En la sección de NOTAS, **Fernando Savater** y **Victoria Camps**, desde distintas perspectivas, escriben sobre el Estado en sus colaboraciones "Libertad y seguridad en una sociedad democrática" y "Reflexiones en torno a 'De la maldad estatal'".

La sección se cierra con un cuento inédito de **María Luisa Etxenike** titulado "Livingstone".

Las ilustraciones de este número son collages originales de nuestro conocido y querido pintor **Agustín Ibarrola**.

Pedidos:

Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid